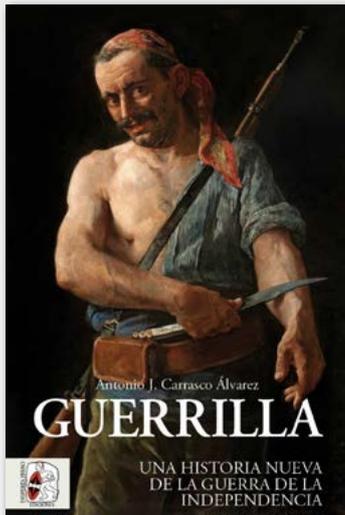


## Guerrilla, la úlcera española de Napoleón

¿Héroes y patriotas o bandoleros sin escrúpulos? ¿Azote del invasor napoleónico o anécdota convertida en mito? Quince años de exhaustiva investigación sostienen esta profunda revisión multidisciplinar de la Guerra de Independencia a través del fenómeno de la guerrilla: su nacimiento, motivaciones y evolución, su idiosincrasia particular, su impacto militar, su espinosa relación con la población civil y las autoridades... Una obra que se convierte en un referente esencial para comprender las complejidades de la resistencia española frente a la invasión napoleónica y los desafíos y desgarros del periodo postbélico.



**Guerrilla. Una historia nueva de la Guerra de la Independencia**  
978-84-129810-1-8  
536 páginas + 8 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 27,95 €

En enero de 1809, cuando abandonó España, Napoleón estaba convencido de que la pacificación del país era cuestión de tiempo. Se había visto obligado a acudir a la Península en persona y su intervención había sido, de nuevo, decisiva. O eso parecía. El emperador todavía no lo sabía, pero había metido la mano en un avispero... y las avispas zumbaban enfurecidas. Con los ejércitos regulares vencidos y arrinconados, muchos hombres –y también mujeres– decidieron seguir plantando cara a un invasor que amenazaba su modo de vida, su cultura, su visión del mundo o su religión, esto es, todos aquellos elementos particulares que caracterizaban a España como nación. Estos guerrilleros fueron los que mantuvieron la guerra viva: sus triunfos, tanto los reales como los imaginarios, recuperaban la esperanza en la victoria, a pesar de que para los ejércitos de Napoleón eran picaduras de tábano. Una «úlcera española» que consumió recursos, hombres y reputaciones, en especial la del propio Napoleón, cuyo mito de infalibilidad empezó a morir en España. El precio fue alto, un país devastado, con una economía arruinada y unos pueblos aniquilados, y se sembraron unas semillas de violencia que germinarían frutos de sangre en las contiendas civiles de los siglos XIX y XX. *Guerrilla, una historia nueva de la Guerra de la Independencia* narra el conflicto peninsular desde el prisma de esos individuos –héroes para algunos, bandoleros para otros– que, por patriotismo, interés, convicción, ambición o aventura se jugaron la vida contra el Ejército más poderoso de su tiempo. No es una historia de héroes, aunque algunos lo fueron, ni repite los lugares comunes sobre las partidas –el pueblo en armas–, pero tampoco insiste en la visión pesimista o romántica sobre los guerrilleros. El libro de Antonio J. Carrasco Álvarez analiza la guerrilla como un sujeto histórico con una identidad propia, y responde a la pregunta de qué habría ocurrido si las partidas no hubieran existido, si los hombres y mujeres que las formaron no hubieran tomado la decisión de combatir. La guerrilla no ganó la Guerra de la Independencia por sí sola, pero sin ella la victoria sobre el invasor habría sido mucho más difícil; tal vez, imposible.



**Antonio J. Carrasco Álvarez** se doctoró en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid en junio de 2009 con su tesis *Insurgencia y contrainsurgencia en España (1808-1814)*. Ese mismo año recibió el Premio Tesis Doctoral del Real Colegio de Licenciados y Doctores. En el año 2013 fue galardonado con el Premio Internacional de Historia Ateneo Jovellanos (Gijón) por su libro dedicado a la guerrilla española *La guerra interminable. Claves de la guerra de guerrillas en España (1808-1814)* (CESED, 2013). Ha publicado en *Desperta Ferro*, *Spagna Contemporánea* y *Revista de Historia Militar*, además de participar como ponente en varios congresos nacionales e internacionales, siempre dentro del ámbito de la historia de la Guerra de la Independencia y de la guerra de guerrillas.

En librerías el miércoles 2 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# LAS CLAVES DEL LIBRO

Una **obra de historia total** que nos presenta un análisis multidisciplinar de la guerrilla desde la perspectiva de la historia militar, pero también desde la historia política, social, económica, de las mentalidades...

---

La guerrilla fue uno de los **pilares fundamentales de la resistencia española en la Guerra de la Independencia**, una guerra cruel y sanguinaria, de frentes difusos y represalias mutuas en la que no había lugar para la equidistancia.

---

La guerrilla no fue un fenómeno monolítico, como tampoco lo fueron sus integrantes. El libro habla de la **diversidad de las partidas** según los territorios en que operaban, sus líderes o los muy distintos hombres y mujeres que las integraban, sus medios, motivaciones, extracción social, etc.

---

La guerrilla convirtió a España en un **caso único de resiliencia en las Guerras Napoleónicas**: mantuvo movilizada a la población en las zonas ocupadas, integró en sus filas a miles de soldados dispersos y desertores evitando así que abandonaran la lucha, privó al invasor del control sobre el entorno rural e impidió que el gobierno del rey José pudiera implantar un Estado viable que sirviera como foco de legitimidad alternativo al gobierno patriota.

---

La rebelión española fue un fracaso personal de Napoleón, que en España malgastó vidas, recursos y reputaciones, sobre todo, la suya, con **enorme repercusión en el conjunto de las Guerras Napoleónicas**.

# SEMBLANZAS



**Francisco Espoz y Mina** (1781-1836) – Fue, junto con Longa, Durán y El Empecinado, uno de los partisanos más famosos de la Guerra de la Independencia. Su División de Navarra se convertiría en una fuerza tan eficiente como letal, capaz de ejecutar marchas épicas y de derrotar a contingentes franceses de igual tamaño en acciones campales. Durante la Primera Guerra Carlista, en su papel de Capitán General de Cataluña (1835-1836), aplicaría medidas de represión casi calcadas a las empleadas por los generales franceses en Navarra.

**Juan Martín el Empecinado** (1775-1825) – Probablemente, es el guerrillero más conocido de todos los que combatieron en la guerra. Su apodo llegaría a convertirse en el remoque por el que le conocerían desde sus enemigos a los guerrilleros: los *empecinados*. Fue también uno de los guerrilleros más tempranos, pudiendo documentarse sus primeras acciones a julio de 1808. Su apoyo a los liberales durante el Trienio terminaría por llevarle al patíbulo en Roa de Duero el 20 de agosto de 1825, a poco más de quince días de cumplir los cincuenta años.



**Justa Jiménez** – Hija del guerrillero manchego Ventura Jiménez, combatió en la partida de su padre hasta la muerte de este por las heridas recibidas en la acción del paraje de los cigarrales del Arzobispo, en las afueras de Toledo. El general Castaños decidió concederle el grado de alférez de caballería por su valor en el combate de Garlitos (1810). Parfraseando a Churchill, Justa fue una de esas personas normales que hacen cosas extraordinarias en momentos extraordinarios.



**Ramón Santillán** (1791-1863) – Santillán era estudiante en la Universidad de Salamanca cuando el estallido de la guerra le sorprendió mientras estaba de vacaciones en su Lerma natal. En abril de 1809 se unió a la partida del Cura Merino junto con otros estudiantes, llegando a ser uno de sus oficiales de confianza. A pesar de sus diferencias políticas (él era de simpatías liberales, mientras que Merino fue conocido por su absolutismo) y una cierta condescendencia hacia Merino, lo cierto es que terminó por respetar el talento natural del cura de Villoviado. Llegaría a ser el primer director del Banco de San Fernando, antecesor directo del actual Banco de España.

**Honoré Charles Michel Joseph Reille** (1775-1862) – Nombrado por Napoleón gobernador del 4.º Gobierno Militar (Navarra) en mayo de 1810, el general Reille fue uno de los más feroces enemigos de las guerrillas navarras. Sus medidas represivas y su agresividad a la hora de perseguir a los partisanos le ganó una merecida fama de implacable. En la acción de Lerín (25 de julio de 1811) consiguió infligir una severa derrota a las tropas de Espoz y Mina, que remataría con una auténtica orgía de ejecuciones de partisanos (más de cien hombres entre agosto y octubre). A pesar de sus esfuerzos no consiguió destruir a la insurgencia navarra, que en noviembre volvía a estar plenamente operativa.



# LOS ESCENARIOS

## Sierra de Ronda

Localizada en una zona estratégica, la Sierra de Ronda fue, entre 1810 y 1811, el escenario de una insurgencia muy activa, en la que la combinación de soldados regulares españoles y paisanos organizados en guerrillas, pondrían en serios aprietos a las tropas del IV Cuerpo de Ejército francés, que mandaba el general Sebastiani. Las partidas rondeñas se caracterizaban por estar vinculadas a sus pueblos, actuando como milicias locales que se movilizaban cuando las columnas imperiales aparecían por la sierra.

---

## Navarra

Probablemente, fue la región partisana por excelencia. El Corso Terrestre de Navarra, que mandó Javier Mina hasta su captura en 1810, y su sucesora la División de Navarra, liderada por Espoz y Mina, se cuentan entre las formaciones de origen guerrillero más eficaces y letales de toda la guerra. Famosa por su excelente capacidad para maniobrar y marchar duro, los partisanos navarros pusieron en aprietos a las guarniciones y columnas imperiales en más de una ocasión. A pesar de sufrir algunos desastres notables, se reagrupaban al poco tiempo y volvían al ataque. Aparte de en Navarra también operaron en Burgos, Rioja, Alto Aragón, Vascongadas ¡E incluso en el sur de Francia!

---

## Castilla la Nueva

Los paisajes de Toledo, Ciudad Real o Albacete no parecen prestarse a las actividades partisanas. Sin embargo, desde el principio de la invasión francesa y, sobre todo, después de la conquista de Andalucía en enero-febrero de 1810, la región contempló la aparición de numerosas partidas montadas, alimentadas tanto por soldados procedentes de la dispersión sufrida en la batalla de Ocaña por el Ejército español, como por paisanos de la zona.

---

## Vizcaya y el norte de Castilla

La región conocida como Vizcaya, o 4.º Gobierno Militar, comprendía las tres provincias vascas y Santander. Junto con Palencia, Burgos, Tierra de Campos, Soria y la Rioja fueron una de las regiones donde la guerrilla fue más activa. Napoleón, consciente de la importancia estratégica de esta zona para las comunicaciones de sus ejércitos en España con Francia, ordenó el despliegue de importantes contingentes, entre ellos dos divisiones de la Guardia Imperial, con la misión específica de destruir a las guerrillas que operaban en ella. Las fuerzas partisanas de Merino, Campillo, Tapia, Díaz Porlier o Longa combatieron en la región, infligiendo –aunque también sufriendo– severos reveses a las fuerzas ocupantes.

---

## Cataluña

La resistencia en Cataluña adoptó un sistema de guerra partisana basado en la institución local del somatén, una fuerza de defensa local (aunque también de socorro para casos de desastres naturales) formada por los vecinos del pueblo. En colaboración con los tercios de migueletes levantados al principio de la guerra para complementar a las fuerzas regulares desplegadas en el Principado, mantendrían viva la llama de la resistencia en Cataluña hasta que fue liberada tras la abdicación de Napoleón.



## ENTREVISTA AL AUTOR

### ¿Qué es lo que te llevó a investigar la guerrilla de la Guerra de la Independencia?

En realidad fue producto de la casualidad. Todo empieza en 1993, cuando decidí hacer el doctorado. Al principio, yo quería investigar la evolución del Ejército español entre 1808 y 1814, y en particular su evolución desde un ejército de voluntarios con un núcleo de profesionales del Antiguo Régimen, hasta su consolidación como ejército nacional al final de la guerra. Sin embargo, mi tutor, el profesor don José Cepeda, me sugirió que debía empezar por algo más sencillo, al menos para la tesina. Una cosa llevó a la otra y según fui investigando en los archivos militares y en el Archivo Histórico Nacional, comprendí que había material documental de sobra para una investigación mucho más profunda ¡Y eso que todavía no había empezado a investigar en el Service Historique de la Défense en Francia! Treinta años después ¡Aquí sigo con la guerrilla!

### Los guerrilleros ¿Fueron héroes o villanos? ¿Patriotas u oportunistas?

Diría que ni una cosa ni otra. Entre las filas de la guerrilla puedes encontrar individuos heroicos y otros despre-

**«Entre las filas de la guerrilla puedes encontrar individuos heroicos y otros despreciables; unos a los que les movía el patriotismo, y otros motivados por la codicia. La mayoría estaba entre ambos extremos».**

ciables; unos a los que les movía el patriotismo, y otros motivados por la codicia. La mayoría estaba entre ambos extremos. Ahora bien, esto no es específico de las partidas, sino propio de cualquier grupo humano organizado, ya sea una banda, un ejército o una organización empresarial. De hecho, es un error establecer una dicotomía demasiado rígida. Era una época en la que todos, empezando por Napoleón y terminando por el guerrillero más humilde, entendían el patriotismo como una transacción. La lealtad a la nación debía ser premiada con cargos públicos, pensiones, títulos, beneficios o recompensas en metálico. Y eso solo en el aspecto material, porque también esperaban que sus esfuerzos fueran honrados públicamente.

Las expectativas de los partisanos no eran diferentes a las de cualquier capitán de un barco de guerra: servir a su país en un trabajo especialmente peligroso para su vida y salud, y a cambio obtener un beneficio.

### ¿Quiénes se unían a la guerrilla? Dicho de otra manera ¿cuál era el origen social de estos guerrilleros?

Es una pregunta compleja. De hecho, dedico uno de los capítulos más largos, el 5, a responderla ¡y me quedo corto! Re-

sumiendo mucho, los guerrilleros fueron, como decía Roca, los campesinos y los clérigos, los soldados que habían quedado dispersos después de una derrota, los estudiantes, las mujeres que seguían a sus amantes, a sus maridos, hijos o hermanos a las partidas; en algunas regiones, eran los vecinos de un pueblo, que se movilizaban cuando aparecían columnas francesas o les pedían ayuda para una operación concreta las fuerzas regulares patriotas que operaban en la zona (caso de Cataluña, Ronda, sobre todo, aunque también en Asturias y Valencia). Eran mozos obligados a servir en la guerrilla, aunque también se unían de forma voluntaria para intentar esquivar la quinta y a las partidas de reclutamiento. La mayoría de las partidas eran un reflejo de la estructura social de la población española: la tropa la formaban paisanos y soldados dispersos, mientras que el mando, en la mayor parte de los casos, lo ejercían individuos que o bien eran parte de las élites locales de preguerra, o bien contaban con redes de parentesco y amistad en una comarca, que les servían como cimiento para consolidar el liderazgo de la partida; o bien, cuando estaban al frente de una partida formada por soldados dispersos, eran veteranos que estaban sirviendo en el ejército de los Borbones desde antes de la guerra o habían combatido en la Guerra de la Convención.

### **Has mencionado a las mujeres, que en tu libro documentas que desempeñaron un papel más generalizado y activo de lo que se piensa.**

Si es difícil determinar las motivaciones de los hombres (fueron muy pocos los que escribieron sobre su experiencia) es incluso más complicado hacerlo para las mujeres. En la mayor parte de los casos, los únicos testimonios de su presencia en una guerrilla son indirectos: la queja de un alcalde; un expediente judicial en el que se menciona su nombre asociado a la guerrilla; o un despacho oficial francés comentando que han sido arrestadas tantas mujeres al destruir una guerrilla. Sabemos que había mujeres –¡Y niños!– en las partidas, probablemente ejerciendo roles similares a los de las seguidoras de los ejércitos regulares, esto es, esposas, prostitutas, cantineras, lavanderas o una combinación de todos o algunos de ellos. Ahora bien, unas pocas se destacaron por ser más activas. Ojo, la mujer española no era ajena a la violencia política. Aparte de en motines de subsistencia, también está documentada su presencia en aquellos de carácter político. En el caso de la guerrilla sucede lo mismo, y junto a las miles de “guerrilleras” anónimas que se unieron a las partidas, existieron otras que no tuvieron reparos en vestir ropas masculinas –aunque sin esconder su condición de mujer– y combatir

junto con los hombres, como fue el caso de Justa Jiménez o el de la controvertida Martina de Ibaibarriaga.

### **La diferencia entre una imagen positiva o negativa de la guerrilla ¿Se debe solo a la propaganda?**

Gran parte de la evidencia acerca de la guerrilla fue producida por los estados mayores, los confidentes –espías–, la prensa y las élites locales –alcaldes, pudientes, etcétera–. Cada uno de ellos alteraba el discurso según sus necesidades y expectativas. La prensa patriota buscaba unir a la nación contra los franceses y los españoles que los apoyaban, exaltando los rasgos heroicos de los guerrilleros más conocidos como nobles y sacrificados. Por el contrario, las gacetas josefinas los despreciaban, usando un lenguaje denigratorio que resaltaba sus desmanes y los tachaba de *brigands* –malhechores–, un término que, desde la Revolución,

también señalaba a rebeldes políticos, no solo a bandidos. El lenguaje, clave en la propaganda, era usado por patriotas para enaltecer a los guerrilleros, mientras franceses y josefinos les negaban patriotismo y representatividad. En las insurgencias modernas se etiqueta como *terrorista* a cualquier rebelde, tanto si

**«En las insurgencias modernas se etiqueta como *terrorista* a cualquier rebelde, tanto si lo es como si no; y viceversa: cualquier *terrorista* –aunque realmente lo sea– es considerado un luchador por la libertad por los que apoyan su “causa”».**

lo es como si no; y viceversa: cualquier *terrorista* –aunque realmente lo sea– es considerado un luchador por la libertad por los que apoyan su “causa”.

### **Sin embargo, hay una abundante documentación en la que los pueblos se quejan de las guerrillas ¿No da eso verosimilitud a la idea de que eran unos oportunistas?**

Las guerrillas, francamente, eran una carga para los pueblos, que debían sostener tanto a las tropas francesas como a los partisanos con recursos ya de por sí escasos, apenas suficientes para evitar el hambre y garantizar la siembra siguiente. Entre requisas francesas y demandas de raciones guerrilleras, no sorprende la vehemencia de las protestas de alcaldes y notables ante las autoridades patriotas, pidiendo controlar a las partidas, aunque no con demasiado éxito, todo hay que decirlo. En realidad, hasta por lo menos 1813, las autoridades patriotas priorizaban el impacto propagandístico y estratégico de la guerrilla sobre los daños que causaba. Aparte de que, como reconocían, eran conscientes de que en muchos casos las quejas eran exageradas por alcaldes para esquivar tributos o excusarse ante los ocupantes. Los historiadores, por tanto, debemos tomar estas protestas con circunspección.

### **Algunos historiadores sostienen que fue la guerrilla la que ganó la guerra, casi por sí sola. Otros afirman**

## **Lo contrario, que fue un obstáculo y que perjudicó al esfuerzo de guerra aliado ¿cuál fue su peso real en el desenlace de la Guerra de la Independencia?**

No creo que la evidencia sostenga ninguna de las dos hipótesis. En el libro lo desarrollo más, pero aquí van unas pinceladas acerca de lo que planteo en él sobre el rol de la guerrilla.

Primero, forzó la movilización de la población contra los invasores. Normalmente, solo unos pocos individuos de uno y otro bando –patriotas o josefinos, en este caso– se implican en un conflicto; la mayoría espera a ver qué bando es el más fuerte para decantarse por él. El problema era que los imperiales, excepto en los núcleos urbanos, solo neutralizaban a la guerrilla temporalmente, y en cuanto abandonaban la zona, revertía a control partisano. Eso hacía que fuera más peligroso destacar para los josefinos, que para los patriotas. Eso fue decisivo para imposibilitar la implantación de una administración josefina que hubiera podido reclamar ser la representante legítima de la nación.

Segundo, distorsionó las operaciones francesas (lo detallo en los capítulos 7 y 8). Entre 1810 y 1812, entre una cuarta parte y hasta un tercio de sus tropas –90 000 a 100 000 hombres– se atascaron en misiones antipartisanas: escoltas, guarniciones, columnas volantes.

Tercero, dio a Wellington ventaja estratégica. Las partidas le aseguraron un flujo constante de información –correos interceptados y redes de confidentes– sobre los movimientos franceses. Fue una partida que Wellington jugó en todo momento con las cartas marcadas.

Además, mantuvo movilizados a miles de hombres que habían quedado dispersos después de las grandes derrotas de 1809 y que, sin las partidas, habrían desertado y vuelto a sus casas. Baratas para la hacienda patriota, el revisionismo las tacha de refugio de desertores, pero en el capítulo 5 muestro que, al contrario, las partidas servían para mantenerlos movilizados.

Por último, los éxitos de los guerrilleros, magnificados por la prensa patriota, sirvieron al doble propósito de desmentir la invencibilidad francesa y convencer a la población española de que la rebelión estaba lejos de haber sido aplastada.

## **Los franceses ¿sabían cómo combatir a las guerrillas? ¿o era una forma de guerra demasiado novedosa?**

Si había un ejército europeo que tuviera experiencia a la hora de combatir insurgencias, ese era el francés. De hecho, los principales teóricos militares de la *petite guerre*, la predecesora “racional” de la guerra de guerrillas, eran

franceses. Antes de invadir España habían sofocado la revuelta de Calabria, y durante las guerras de la Revolución, habían derrotado las sublevaciones en Vendé y a los chuans. La guerra de Vendé sirvió como plantilla de las tácticas de contraguerrilla que aplicarían en España: uso de columnas móviles, combinadas con guarniciones y la aplicación de feroces medidas de represión.

## **Entonces ¿por qué no consiguieron derrotar a la guerrilla en España?**

Los franceses nunca llegaron a disponer de recursos suficientes para lograrlo. España es un país extenso, con una gran variedad de paisajes y de sistemas sociales, lo que significa que las tácticas que funcionan en una región no valen para otra, ya que no existía un modelo homogéneo de guerrilla. Lo que servía para derrotar a una partida en La Mancha, no valía para una que operaba en Navarra. Además, los franceses, al contrario que en Calabria o Vendé, no podían concentrar sus fuerzas en aniquilar a las partidas y pacificar el territorio, sino que además tenían que combatir contra los ejércitos regulares aliados y capturar las fortalezas en su poder.

En ocasiones, hacían esfuerzos excepcionales para intentar destruir a las partidas más peligrosas usando columnas móviles y patrullando agresivamente; pero aunque lograban éxitos ocasionales, en cuanto las tropas reducían

la presión, las partidas aprovechaban para reagruparse y volver a la carga, obligando a los imperiales a empezar todo el proceso de nuevo. Y eso si lograban atraparlas, porque gracias a su flexibilidad operativa era frecuente que se escaparan de las batidas francesas, al menos el grueso de la fuerza partisana.

En última instancia era una cuestión de números: no había suficientes soldados para cumplir todas las misiones encomendadas por el emperador a sus mariscales y generales en la península.

## **¿Por qué no intentaron levantar fuerzas españolas que fueran leales a José I para que les sirvieran de auxiliares en la guerra contra los insurgentes?**

Lo intentaron y la verdad es que un ejército español leal al rey José podría haber sido un auxiliar ideal. Lo malo es que ni el emperador, ni los mariscales franceses confiaban en la lealtad de los españoles josefinos. Solo algunas unidades antipartisanas llegaron a gozar de su confianza, pero eran pocos y no podían estar en todas partes. Las guardias cívicas podrían haber sido otra alternativa, pero de nuevo la falta de confianza, de entusiasmo y de entrenamiento de la mayoría de ellas, no solo hicieron que fueran casi inútiles para otra cosa que una defensa pasiva,

**«Desde Napoleón al último soldado francés estaban convencidos de que la única forma de tratar con los paisanos y, por delegación, a la guerrilla era por medio de la violencia y las represalias. Los españoles no se quedaban atrás».**

sino que además siempre existía la posibilidad de que se desertaran a las guerrillas con armas y bagajes ¡incluso en medio de un combate!

### **Todos tenemos muy presentes los grabados de los *Desastres de la Guerra* de Francisco de Goya. ¿Es verdad que la guerra irregular en España fue tan cruel cómo se suele representar?**

Sí, la guerra de guerrillas se caracterizó por su brutalidad. Mientras que entre soldados regulares se observaba un cierto respeto (al menos, en general), en el caso de las partidas la cosa cambiaba. Los mandos franceses intentaron aplicar en España los métodos que habían usado las columnas republicanas en Vendé: justicia (por llamarla de alguna forma) sumarísima, castigos colectivos, incendios, arrestos indiscriminados e incluso toma de rehenes. Y eran órdenes que llegaban desde lo más alto, desde la cancillería imperial. Desde Napoleón al último soldado francés estaban convencidos de que la única forma de tratar con los paisanos y, por delegación, a la guerrilla era por medio de la violencia y las represalias.

Los españoles no se quedaban atrás. Desde el principio de la guerra, la violencia contra los franceses, incluso contra aquellos que llevaban décadas asentados en España, había sido despiadada (recordemos las matanzas de Valencia en junio de 1808). La guerrilla, sobre todo al principio, se mostró igual de brutal.

Aparte, por supuesto, de las represalias. El toma y daca entre guerrilleros y franceses, que respondían a la violencia, con una versión corregida y aumentada. De hecho, entre los españoles, el gobierno patriota había aprobado oficialmente el empleo de represalias, de modo que todo soldado enemigo hecho prisionero en las inmediaciones de un pueblo que hubiera sido saqueado o incendiado, debía ser ejecutado en el acto como venganza.

### **Parece contraproducente. Si un combatiente sabe que le espera la muerte si se rinde, peleará hasta el último cartucho. ¿No intentaron moderar un poco esta espiral de violencia?**

Ciertamente. No hubo una política oficial, pero sí se moderaron las represalias. Sobre todo en el caso de las fuerzas partisanas más organizadas. Como explico en el capítulo 9, se llegaban a pactos locales, más o menos implícitos. Los partisanos, al menos los grupos mejor organizados, respetaban la vida de los soldados prisioneros; y estos, a cambio, asumían como legítimas las autorizaciones –auténticas patentes de corso– entregadas por el gobierno patriota a las partidas, y hacían prisioneros entre los partisanos capturados. Ahora bien, no eran políticas

oficiales, así que todo dependía de la buena voluntad de los mandos sobre el terreno.

También existían otros incentivos, como el motivar a los soldados enemigos a desertar, los pagos en metálico que hacían los británicos a cambio de los prisioneros franceses, y por supuesto, que era más fácil que se rindieran si no pensaban que fueran a ser asesinados nada más entregar las armas.

Eso sí, incluso en el caso de las rendiciones pactadas y aunque los partisanos tuvieran la intención de trasladar a los enemigos capturados hasta los depósitos de prisioneros, si creían que podían ser liberados, no dudaban en deshacerse de ellos y los asesinaban igualmente.

### **Esa “misericordia” ¿Se extendía a los colaboradores? ¿O con ellos no había piedad?**

Si no desertaban a tiempo, los partisanos rara vez se mostraban compasivos. Lo normal era que los ejecutaran sin más contemplaciones. Para ser justos es necesario reconocer que los franceses hacían lo mismo con los desertores capturados mientras combatían junto con las partidas de guerrilla. Los «malos españoles», como les etiquetaban normalmente, no tenían derecho a vivir.

La Guerra de Independencia fue una guerra cruel. En cierto modo anticipa la violencia de las guerras civiles que azotaron a nuestro país entre 1821 y 1939. Tal vez no se llegó a los extremos de

estas, pero fue la primera vez en la que las diferencias políticas entre españoles los llevó a ver al adversario como un enemigo que no podía ser redimido y que, por ello, merecía la muerte.

### **Para terminar ¿Quién ganó la guerra a Napoleón? ¿La guerrilla? ¿El Ejército? ¿O los ingleses?**

Ninguno de ellos. Todos ellos. A Napoleón le derrotó finalmente una coalición de todas las grandes potencias europeas. Solo cuando todos se unieron contra su imperio, fueron capaces de vencerle. La guerrilla española fue otra pieza de la maquinaria que terminó forzando la abdicación del emperador. Por sí misma, no habría podido vencer a Napoleón, aunque le habría hecho la vida muy difícil en España, al menos hasta que hubiera podido invertir los recursos necesarios para destruirla. Pero tampoco hubieran podido ninguna de las grandes potencias por separado. A lo mejor Rusia e Inglaterra podrían haber llegado a forzar una paz negociada; pero nada más. Vencieron cuando estuvieron unidas.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



## SUMARIO

### *Guerrilla explicado por* **Antonio J. Carrasco Álvarez**

La Guerra de la Independencia fue el acontecimiento fundacional de la España contemporánea. La invasión napoleónica aceleró la desintegración de su imperio ultramarino; redujo a España de ser una de las grandes potencias europeas, a una de segundo orden; y abrió la caja de Pandora de los enfrentamientos civiles que a lo largo del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX –y cuyos coletazos aún sentimos hoy en día– devastaron el país. Al mismo tiempo, abrió nuevos horizontes, dando a luz la primera constitución que reconocía a los españoles como ciudadanos, y reconociendo –en la declaración de guerra a Francia de la Junta Central– que todos ellos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, seculares y religiosos tenían el derecho y el deber de participar con las armas en la defensa de la patria frente a los enemigos tanto internos como externos. Era un principio revolucionario, que despertó fuertes resistencias entre los que querían sostener el Antiguo Régimen, pero que al mismo tiempo no dudaron en echar mano de él cuando les resultó conveniente –durante el Trienio Liberal y la primera Guerra Carlista–, echándose al monte incluso aunque eso significara desafiar los derechos absolutos del soberano. La forma más característica de esta versión española de la *levée en masse*, de movilización general, fue la guerrilla.

Este libro es una historia de la Guerra de la Independencia y de su significado en el devenir de nuestro país a través de la guerra de guerrillas. La historiografía ha sido a ratos demasiado generosa, en otros excesivamente crítica con las guerrillas. Estas han sido caracterizadas unas veces como los epítomes heroicos del espíritu de la nación española, otras como revolucionarios que anticipan las insurgencias del siglo XX,

y otras como reuniones de bandoleros, malhechores, desertores, salteadores de caminos: esto es, como una auténtica plaga de langostas que no solo no contribuyó a la victoria final contra las tropas de Napoleón, sino que, además, perjudicó al esfuerzo de guerra aliado. El propósito de este libro es reevaluar estas posiciones maximalistas y devolver a las partidas de guerrilla a su lugar en la historia; no como héroes o villanos, sino como agentes históricos producto de una época, circunstancias históricas excepcionales, desencadenadas por la ocupación napoleónica de España.

La guerrilla permitió mantener movilizados a miles de hombres que, de no haber existido, habrían permanecido en sus casas sin involucrarse en la resistencia. Tal vez no hubieran colaborado con los ejércitos invasores, pero tampoco con los patriotas. Las partidas, unas veces de grado, otras a la fuerza, los integraron en un sistema de guerra que a cambio de una inversión de recursos humanos y materiales relativamente pequeña sirvió para sostener el espíritu público en los territorios ocupados; evitó que el gobierno del rey José I pudiera construir un Estado bonapartista viable; y obligó al emperador Napoleón a malgastar las vidas de miles de soldados y millones de francos en sostener una guerra interminable.

Algunos guerrilleros se beneficiaron personalmente de sus servicios durante la guerra. Sin embargo, para la mayoría fueron años difíciles, en los que la norma fueron marchas agotadoras, una vida a salto de mata y el riesgo constante de acabar sus días en una prisión en Francia –si eran afortunados– o ejecutados. Aunque podrían haber aceptado acogerse a alguna de las amnis-



la guerra partisana desde el punto de vista de los ejércitos ocupantes, su papel en el fracaso del proyecto josefino y la espiral de violencia y represalias en la que se enzarzaron guerrillas y fuerzas de ocupación.

El **capítulo 1** se ocupa del período comprendido entre la entrada de los primeros contingentes franceses en la península, a mediados de octubre de 1807, y la campaña de Napoleón en el invierno de 1808. Hasta febrero de 1808, las relaciones entre los paisanos españoles y los soldados franceses no fueron particularmente hostiles; al menos, no más de lo normal. Sin embargo, la ocupación de las fortalezas fronterizas españolas entre

tías que periódicamente ofrecían los franceses o el gobierno del rey José, salvo unos pocos, la mayoría no se aprovechó de ellas. Unas veces fue debido a los vínculos de lealtad que mantenían con los demás miembros de la partida, que en muchos casos formaban parte de los mismos grupos de parentesco extendido, eran amigos o vecinos del partisano; en otras ocasiones, simplemente estaban resignados a su suerte. Lo que era una constante era el rechazo generalizado a la interferencia en los asuntos del país de unas fuerzas extranjeras cuyo idioma les resultaba extraño, a las que veían como una amenaza existencial, y que no mostraban respeto hacia las costumbres ni la cultura locales. La guerrilla les dio la oportunidad de responder a la violencia con la violencia; de vengarse de ofensas reales o imaginarias; y de manifestar su repugnancia hacia un régimen que percibían como ajeno a sus intereses.

### ESTRUCTURA DEL LIBRO

El libro "Guerrilla. Una historia nueva de la Guerra de la Independencia" está organizado en tres partes diferenciadas. La primera está formada por los capítulos 1 a 4 y su enfoque es diacrónico, esto es, analiza los acontecimientos y el papel de la guerrilla siguiendo un orden cronológico, empezando por la entrada de los primeros contingentes franceses en la península en diciembre de 1807 y siguiendo la evolución del conflicto hasta 1814, cuando las últimas partidas desaparecieron, bien porque se integraron en regimientos regulares, bien porque sus miembros fueron desmovilizados o desertaron. La segunda parte, formada por los capítulos 5 a 7, tiene un contenido temático, centrándose en la organización, logística, estructuras sociales y cooperación de la guerrilla con los ejércitos aliados. Por último, la tercera parte, los capítulos 8 y 9, analiza

mediados de febrero y de marzo de 1808, unida a la actitud prepotente de las tropas francesas, desencadenaron un proceso en el que la rivalidad natural entre paisanos y soldados, típica de la Europa preindustrial, se transformó en una insurgencia generalizada. Entre mediados de junio y la victoria española en Bailén se producen las primeras acciones que podemos describir como típicas de la guerra de guerrillas.

El **segundo y tercer capítulos** cubren entre principios de 1809 y finales de 1811, que es cuando la actividad de las partidas de guerrilla empieza a tener un impacto estratégico y operacional. Es entonces cuando aparecen guerrillas en diferentes formas en todos los territorios ocupados por los franceses. Tanto estos como sus aliados españoles josefinos tuvieron que hacer un esfuerzo cada vez mayor para controlar el terreno. El dominio efectivo quedó reducido a las poblaciones en las que existían guarniciones importantes. Por el contrario, en el entorno rural las fuerzas partisanas fueron capaces de desafiar el control militar y político de las fuerzas de ocupación de forma cada vez más eficaz. Incluso cuando se veían obligadas a ponerse a la defensiva por las batidas imperiales, la mera presencia de una partida era suficiente para ralentizar las comunicaciones francesas, intimidar a los potenciales simpatizantes josefinos y obligar a la movilización de fuertes contingentes que sirvieran como escoltas de convoyes y correos. Es también en estos años cuando algunas fuerzas partisanas se consolidan en potentes unidades capaces de enfrentarse, en las circunstancias adecuadas, incluso a formaciones imperiales de gran tamaño y guarniciones importantes.

El **capítulo 4** se centra en los dos últimos años de la guerra. Es entonces cuando las unidades partisanas alcanzan su máximo pico de eficacia operacional y táctica.

Granadero francés (izq.) y *voltigeur* (dch.) de 1808, ilustración de Bellange, contenidas en *Histoire de Napoleon*, de P.-M. Laurent de L'Ardeche (1843). Las compañías de granaderos y *voltigeurs* eran el caballo de batalla del Ejército francés en España. Eran los que formaban las guardias de las columnas y los que encabezaban los asaltos. También eran los que sufrían más bajas en los combates. Los *voltigeurs* de la columna de Rey fueron los que encontraron la ruta que les permitió flanquear las emboscadas españolas el 29 de mayo, en el camino de Ronda, y salvar a la columna del desastre en ciernes.

tica; aquellas que habían llegado a consolidarse como divisiones volantes y cuerpos francos demostraron que podían ser unos adversarios letales para los franceses. En paralelo, el liderazgo político y militar patriota incrementó la presión sobre estas unidades, sobre todo a partir de julio de 1812, para conseguir que se integraran tanto *de iure* –algo que ya había empezado a producirse a finales de 1810– como en la práctica dentro de la organización del Ejército regular, sujetándolas, al menos a las divisiones volantes, a las Reales Ordenanzas. Aunque la mayoría intentó adaptarse, no todos lo aceptaron de buen grado. Las tensiones entre los mandos regulares y los partisanos se harían más notorias después de la batalla de Vitoria (21 de junio de 1813), extendiéndose hasta el final de las hostilidades, e incluso en la políticamente dividida España de la posguerra.

A partir del **capítulo 5**, abandonamos la exposición diacrónica para centrar la atención en cinco bloques temáticos. En este capítulo, explicamos quiénes fueron los que formaron parte de la guerrilla, cuáles fueron sus motivaciones, cómo se unían –de grado o por fuerza– a las partidas, así como el impacto de la desertión de los ejércitos regulares en la formación de las guerrillas. También analizamos el papel de los clérigos y de las mujeres en las fuerzas irregulares. La presencia de mujeres en las partidas es un hecho innegable, así como el que algunas de ellas participaron como combatientes en las acciones de las partidas. De todas maneras, en lo que se refiere al rol de las mujeres en la guerrilla asumimos que solo hemos rascado la superficie de un tema tan complejo como interesante, y que merece la pena estudiarlo por separado en profundidad.

La logística de las guerrillas y las dificultades para mantenerlas suministradas son el objeto del **capítulo 6**. Diferenciamos entre los suministros de boca –raciones– y guerra –municiones, armas, uniformes y pólvora–. Conseguir cada uno de ellos conllevaba sus propios problemas. La obtención de raciones era la que provocó más tensiones entre la guerrilla y los pueblos españoles. La presión sobre unos recursos escasos, que apenas si eran suficientes para alimentar a los vecinos en épocas normales, se agudizó durante la guerra, como consecuencia tanto de las malas cosechas, como de las exigencias de los ejércitos. Los pueblos se resistían en la medida de sus posibilidades a las peticiones de raciones de las partidas, negociando en ocasiones la protección de los ocupantes, en otros



casos los de los cuarteles generales aliados y, si no había otro remedio, la de la guerrilla más fuerte entre las que actuaban en la región.

La pólvora, municiones, piedras de chispa para los fusiles, bayonetas, etcétera, eran incluso más difíciles de obtener que la comida. Las unidades partisanas se veían obligadas a recurrir a diferentes expedientes para conseguirlos. Hasta 1811, los franceses fueron, involuntariamente, los principales proveedores de armamento y uniformes de las partidas de guerrilla. Los convoyes cargados de pólvora eran los más tentadores para los guerrilleros; y aunque al estar bien protegidos eran los más arriesgados de atacar, también se contaban entre los principales objetivos de la guerrilla. La escasez crónica de munición durante casi toda la guerra limitó la capacidad de las guerrillas para sostener combates prolongados, condicionando tanto sus operaciones como sus tácticas. Los británicos tuvieron un papel muy importante en el abastecimiento de estos materiales para las partidas, sobre todo entre las del norte de España. Eso les proporcionó una influencia sobre las guerrillas que terminó por provocar la suspicacia de los jefes mili-

tares españoles, quienes se quejaron con frecuencia de lo injusto que era que los ingleses se aprovecharan de los suministros que daban a las partidas, para tener la prioridad a la hora de que estas les entregaran la correspondencia interceptada a los franceses y los despachos remitidos por los espías españoles.

El **capítulo 7** se centra en estudiar los aspectos operacionales y estratégicos de las partidas. En este capítulo explicamos cuál era la frecuencia de actividad esperada de las guerrillas, cómo cooperaban con los ejércitos aliados y con otras partidas, así como las limitaciones de esa colaboración, y cómo distorsionaban los despliegues imperiales, afectando a su capacidad para reaccionar a las actuaciones aliadas. Los ejércitos españoles y angloportugués contaban, por el contrario, con la ventaja de disponer de inteligencia operacional y estratégica de calidad gracias a la actividad de la guerrilla. Wellington, cuando fue nombrado generalísimo de los ejércitos españoles por las Cortes en septiembre de 1812, se aseguró de que la correspondencia interceptada por los irregulares españoles, así como los informes de las redes de espionaje, que eran trasladados por las guerrillas, estuvieran centralizados en su cuartel general. Era como si estuviera jugando con las cartas marcadas.

Ninguna historia de la guerra de guerrillas está completa sin analizar la contrainsurgencia. En el **capítulo 8**, exploramos los aspectos operacionales de la acción contra partisana francesa –guarniciones,

columnas móviles, posiciones fortificadas–, pero también las exigencias de un tipo de guerra cuyo tempo era imprevisible. Las estrategias francesas para enfrentarse a la actividad de la guerrilla giraba alrededor de la necesidad de mantener abiertas las comunicaciones con Francia y entre los ejércitos y guarniciones, y pacificar el territorio ocupado. El problema era conseguirlo con medios limitados. Las órdenes de París insistían en la necesidad de conseguir la sumisión de España lo antes posible. Los gastos de la ocupación obsesionaban a Napoleón, que les recordaba a sus generales que debían ser agresivos contra las partidas, y a su hermano el rey de España que tenía que utilizar los recursos del país para financiar la ocupación. Lo que el emperador francés nunca llegó a entender era que las tropas que tenía destinadas en la península no bastaban para cumplir todas las misiones que tenían encomendadas: derrotar a los ejércitos aliados, asediar las fortalezas, destruir a los irregulares españoles y pacificar las regiones ocupadas. El reclutamiento de soldados españoles y la creación de unidades locales que sirvieran de auxiliares tampoco fue suficiente. La mayoría no eran lo bastante agresivos como para enfrentarse a las guerrillas, cuando no es que colaboraban con ellas a espaldas de los imperiales o desertaban con sus armas, incluso en medio de un combate.

Lo sorprendente, sin embargo, no es que los ejércitos de Napoleón fueran expulsados de la mayoría de la península a finales de 1813 (y en Cataluña, Suchet fue capaz de sostener la resistencia hasta después de la abdicación de Napoleón en abril de 1814), sino que lograran estar tantas veces a lo largo de la guerra a punto de conseguir la victoria. Si no lo lograron fue, en buena medida, gracias a que los españoles no se daban por enterados de que habían sido derrotados y que debían rendirse. Los éxitos de las partidas de guerrilla, incluso los más discutibles, fueron hábilmente utilizados por la propaganda patriota para sostener la moral del país y evitar que los simpatizantes josefinos pudieran poner los cimientos de un Estado bonapartista viable.



*El gran día de Gerona* (19 septiembre de 1809) (ca. 1890), óleo sobre lienzo de César Álvarez Dumont. Castillo de San Fernando, Figueras. Al principio de la guerra, la población española se implicó de forma masiva en la rebelión, tanto en forma de voluntarios para el Ejército como uniéndose a las partidas o cooperando en la defensa de las ciudades. Las derrotas, el hambre y la miseria enfriarían su entusiasmo. Las partidas de guerrilla serían vitales a la hora de mantenerla involucrada en la guerra.

La frustración que produce combatir contra una insurgencia es una sensación familiar para muchos ejércitos contemporáneos. Es una tarea pesada, monótona, que nunca parece tener fin. La destrucción de una guerrilla solo da un respiro pasajero sino se mantiene una presencia militar continuada, que permita consolidar un Estado nativo que sea capaz de hacerse cargo del control de la región y reemplazar a las tropas extranjeras. El que los soldados, hartos de combatir en una guerra interminable, desarrollen comportamientos xenófobos y recurran a las represalias indiscriminadas contra los pueblos sospechosos de colaborar con las guerrillas es algo intolerable para la opinión pública en la mayoría de los países democráticos, pero que, por desgracia, sigue siendo demasiado frecuente en otros casos. En la Guerra de la Independencia, los ejércitos imperiales no solo no tenían esa restricción moral, sino que la doctrina contra insurgente incitaba al uso de acciones de represalia contra cualquier indicio de rebelión.

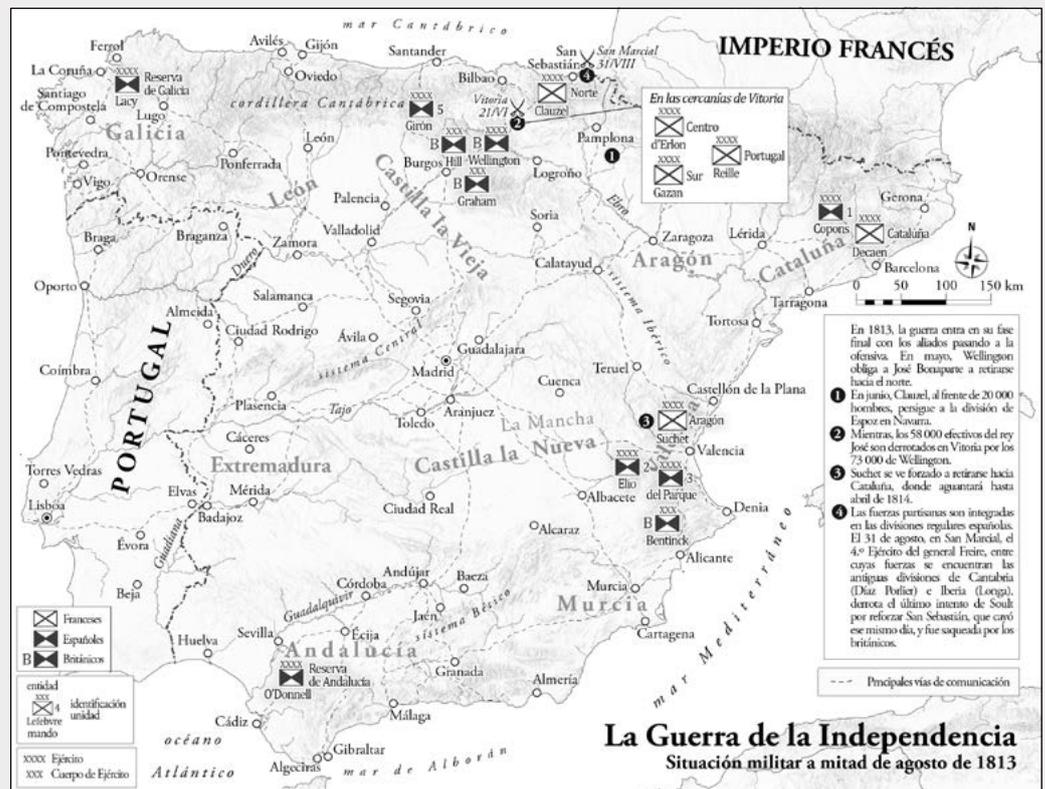
El objetivo del **capítulo 9** es explorar la espiral de violencia en la que se enzarzaron las guerrillas y las fuerzas de ocupación. Las ejecuciones extemporáneas, los juicios sumarísimos sin garantías jurídicas, las represalias colectivas en venganza por crímenes reales o imaginarios o los asesinatos como espectáculo –tan bien reflejados por Goya en su serie de grabados los *Desastre de la guerra*– formaban parte de la guerra de guerrillas. Ahora bien, a pesar de eso ambos bandos también intentaron llegar a acuerdos, a veces formales, en otros casos *ad hoc*, que limitaran el daño.

Este «diálogo» de violencia, en el que se «comunicaban» franceses y españoles puede considerarse como la introducción al libro de estilo que escribirían, con variantes locales, todas las potencias coloniales a lo largo del siglo XIX en sus guerras de expansión. Los soldados holandeses, belgas, británicos, franceses, estadounidenses, italianos, japoneses, alemanes, rusos y, sí, españoles, que incendiaban una aldea o ahorcaban a los notables locales en represalia por el ataque de una partidas no estaban descubriendo nada nuevo, sino reproduciendo los ciclos de violencia inventados por las columnas republicanas en Vendée que quince

años después serían exportados a España de la mano de sus herederos imperiales.

### ¿CUÁLES SON LAS CONCLUSIONES DEL LIBRO?

La guerrilla fue uno de los pilares sobre los que se asentó la estrategia aliada en la Guerra de la Independencia. Nosotros tenemos la ventaja de saber que la invasión de Rusia en 1812 terminó en desastre para las armas imperiales; que en octubre de 1813, los ejércitos de Napoleón volverían a ser destruidos por la acción combinada de Rusia, Prusia y Austria; que el 6 de abril de 1814, el emperador Napoleón se vio obligado a abdicar y admitir la derrota; y que, tras el breve interludio de 1815, nunca más volvería a perturbar la paz de Europa. Pero para los españoles de 1808, para los partisanos que se echaron al monte en 1809–1813, ninguno de esos sucesos que nos parecen tan inevitables habían ocurrido. Todo lo que ellos sabían era que Francia era la potencia hegemónica en Europa, a la que parecía imposible vencer en el campo de batalla. A pesar de ello, la mayoría continuó en la lucha. La guerrilla sirvió como herramienta de propaganda que alimentó la esperanza en la victoria final; movilizó a individuos que, de no haber existido la guerrilla, habrían desertado, refugiándose en sus pueblos y perdiéndose para la causa patriota; intimidó a los potenciales simpatizantes bonapartistas; evitó que José I pudiera constituir un Estado viable en las regiones ocupadas; obligó a los ejércitos imperiales a dedicar entre una cuarta parte y un tercio de sus fuerzas en proteger sus comunicaciones, recaudar contribuciones y perseguir a las partidas de insurgentes. Sin ella, la victoria hubiera sido más difícil, tal vez, imposible.



# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prólogo  
Cronología  
Introducción

## PARTE I. LA GUERRA PARTISANA, 1808-1814

- Capítulo 1.** La traición de una alianza  
**Capítulo 2.** Del furor de dar batallas a la guerra  
de los paisanos, 1809  
**Capítulo 3.** El avispero español, 1810-1811  
**Capítulo 4.** La última emboscada

## PARTE II. LOS PARTISANOS

- Capítulo 5.** Un guerrillero más y algunos  
desertores menos  
**Capítulo 6.** Más triste es robar  
**Capítulo 7.** El mal menor

## PARTE III. LOS ADVERSARIOS

- Capítulo 8.** La tierra que pisamos  
**Capítulo 9.** Un país mil veces maldito

Epílogo  
Anexos  
Bibliografía  
Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 1

## LA TRAICIÓN DE UNA ALIANZA



*José Bonaparte como rey de España, óleo sobre lienzo de François Gérard (ca. 1808). Musée national du Château de Fontainebleau, Francia. José Bonaparte aceptó el trono español no sin reservas, pero no entraba en su carácter oponerse a su hermano abiertamente. Mientras estuvo en España hizo un esfuerzo por crear un Estado bonapartista viable, y es posible que lo hubiera logrado sin la constante actividad de la guerrilla.*

te ofensivos por parte de los soldados, y que provocaran la reacción extrema de los paisanos.

Los ejércitos imperiales no distinguían entre los diferentes tipos de irregulares. Los soldados españoles que optaron por sublevarse contra las capitulaciones de Bayona sosteniendo la ficción de que Fernando VII era el único rey legítimo de España eran insurgentes, pero se regían por los usos y costumbres de la guerra. Por el contrario, las partidas, milicias, guerrillas y bandas estaban al margen del *ius in bello*, esto es, del conjunto de normas, tanto explícitas como tácitas, que regulaban la guerra entre naciones civilizadas. El hecho de que muchos no usaran uniformes; que no combatieran de forma honorable, sino por medio de asesinatos y emboscadas; y su innegable crueldad les convertía a ojos de los soldados imperiales en menos que humanos, en bárbaros. Las justificaciones avanzadas por los ocupantes anticipaban las que utilizarían las potencias europeas, Estados Unidos y Japón para disculpar sus desmanes en las guerras coloniales del siglo XIX y XX. Los españoles eran bestias y debían ser tratados como tales. La crueldad de la guerra española sería recordada con fascinado horror por los veteranos.

En diciembre de 1808, Napoleón tenía entre sus manos una guerra inexplicable, irracional e innecesaria. El emperador se había equivocado al interpretar la información que le mandaba su embajador acerca de las tensiones entre los grupos rivales dentro de la Corte española. No había sabido juzgar ni el carácter independiente de los españoles, ni valorar la posibilidad de que las élites locales utilizaran las instituciones tradicionales para organizar un movimiento de resistencia viable. Madrid no era a España lo que París era a Francia. No había un lugar político y simbólico central cuya captura supusiera un golpe psicológico de tal calibre que el adversario buscara la paz. Los Borbones, después de todo, no habían tenido siquiera un siglo para centralizar las estructuras políticas y administrativas del país. En diciembre de 1808, la dispersión del poder permitió a los españoles sobrevivir a la guerra relámpago napoleónica. El emperador todavía no lo sabía, pero había metido la mano en un avispero... y las avispas zumbaban enfurecidas.

A lo largo de 1808, la estrategia patriota se centró en expulsar a los franceses de España por medios convencionales; las victorias en Bailén, Valencia, Zaragoza, Gerona o el Bruch parecían avalarla. Al mismo tiempo, empezaron a manifestarse otras formas de insurgencia en forma de bandas partisanas, tanto efímeras como más estables, y de milicias y fuerzas de defensa locales que se movilizaban si aparecían los franceses, regresando a sus tareas cotidianas una vez pasada la amenaza. Junto a estas formas de resistencia más o menos organizadas hemos podido observar otro tipo de violencia oportunista, improvisada y dirigida contra soldados aislados. Aunque es posible que ese tipo de acciones tuvieran un contenido político, la evidencia disponible induce a sospechar que era más bien personal, como respuesta a agravios específicos, sin que esto signifique que aquellos no fueran actos culturalmen-

## CAPÍTULO 2

# DEL FUROR DE DAR BATALLAS A LA GUERRA DE LOS PAISANOS, 1809

El Reglamento de Partidas y Cuadrillas de 28 de diciembre iba un paso más allá, pues postulaba un tipo de guerra de partidas que fuera una alternativa práctica a la guerra convencional. En ella, los guerrilleros no serían simples auxiliares sino una «milicia de nueva especie» que ocuparía el vacío operacional dejado por la derrota de los ejércitos patriotas; en paralelo, servirían para demostrar que en las regiones bajo ocupación francesa la voluntad nacional de conservar la independencia no se había extinguido.

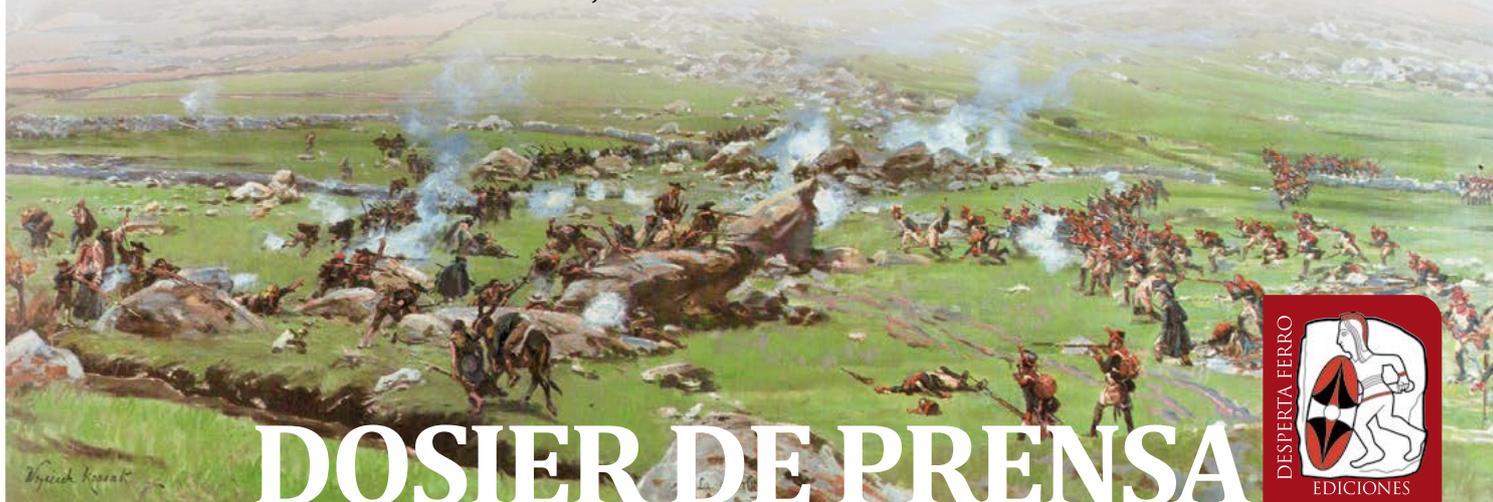
El 6 de junio de 1808 la junta superior de Sevilla publicó una proclama incitando a los paisanos «de toda España» a movilizarse contra los invasores y a hostigarlos con «partidas sueltas»; los civiles no podían enfrentarse en batallas campales con los franceses y triunfar, pero sí que podían complicarles la ocupación y, sobre todo, restar credibilidad a las declaraciones imperiales en el sentido de que el Ejército francés actuaba en nombre del nuevo rey de España. Si los paisanos españoles demostraban su hostilidad de forma práctica y atacaban los destacamentos y las partidas francesas, sería evidente para todos los observadores imparciales que la dinastía Bonaparte carecía del elemento más fundamental en cualquier gobierno que pretendiese ser legítimo: el consentimiento de los gobernados. Más aún, la inseguridad aparejada implicaría que solo allí donde los franceses tuvieran presencia militar el nuevo monarca podría ejercer el poder de forma efectiva.

La revuelta española fue al mismo tiempo un acto político liderado por las élites patriotas y el clero, y la suma de decisiones individuales, más o menos espontáneas, impulsadas por la xenofobia, los ataques reales o imaginados a la identidad cultural española, los abusos de las tropas ocupantes, el miedo al reclutamiento forzoso y la hostilidad de las comunidades rurales contra aquellos que amenazaban sus medios de subsistencia. Al introducir la política en la ecuación, los actos de resistencia devenían en

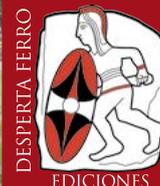
revolucionarios, incluso si sus protagonistas no eran conscientes. Durante la campaña de 1807 en Polonia, las escaramuzas entre los campesinos que defendían sus cosechas y las partidas de forrajeadores fueron habituales, pero no iban más allá de una violencia elemental, que se agotaba en sí misma. Por el contrario, el mismo suceso en la España de 1808-1814 tuvo unas implicaciones más amplias, debido a que los paisanos eran, en el discurso patriota, agentes de la soberanía nacional, que estaban refutando la idea de que los franceses, en virtud de los tratados acordados por el emperador con un gobierno al que se consideraba ilegítimo –el del rey José–, tenían derecho a acceder a los recursos españoles; es decir, un acto de resistencia económica se transformaba en un acto político gracias a la existencia de un gobierno patriota que reclamaba la legitimidad de representación del pueblo español, y que por medio de instrumentos legales públicos –los reglamentos que acabo de comentar– autorizaba a los ciudadanos a resistir por cualquier medio a su alcance las demandas, injustas, de los ocupantes.

Los franceses y sus aliados josefinos, como es lógico, no aceptaban la legitimidad de la resistencia; para ellos, los guerrilleros eran delincuentes y rebeldes, a los que se debía castigar; no eran «milicias de nueva especie», ni mucho menos, soldados; los paisanos eran aún peores, ya que disimulaban sus intenciones criminales y asesinaban a traición a soldados fuera de servicio. La guerra total que promovía la Junta Central borraba las fronteras entre los espacios bélico y civil; la violencia no estaba limitada al campo de batalla, sino que era una presencia permanente. Un soldado imperial podía estar combatiendo en una acción campal por la mañana, tiroteándose con una guerrilla por la tarde y esquivando un navajazo al descuido por la noche. Era un tipo de guerra prosaico, sin heroísmo, en el que no se podía bajar la guardia en ningún momento.

*Boceto de panorama, de Wojciech Kossak y Miguel Wiwóyskim (1900). Museo Ziemi Przemyskiej, Polonia. Mientras que al principio de la Guerra de la Independencia las partidas rara vez se quedaban a combatir, solo si estaban atrapadas o tenían una abrumadora superioridad numérica, con el paso de los meses se fueron acostumbrando a enfrentarse en acciones campales contra los franceses. La escasez de pólvora y municiones y la falta de entrenamiento hacía aconsejable evitar tiroteos prolongados, donde los franceses contaban con todas las ventajas.*



# DOSIER DE PRENSA



## CAPÍTULO 4

# LA ÚLTIMA EMBOSCADA

*Javier Mina*, grabado realizado por Thomas Wright, a partir de la pintura de James Harrison, publicada por Lackington Hughes & C.º, Londres, 1821. Biblioteca Nacional de España. Javier Mina, primer comandante del Corso Terrestre de Navarra, extorsionó a los pudientes navarros que se mostraron tibios con la causa patriota o que se sospechaba que simpatizaban con el Gobierno del rey José, para financiar, vestir y alimentar a sus hombres.

En diciembre de 1814, el brigadier Juan Martín elevó una petición al rey Fernando VII para que le permitiera seguir firmando sus despachos oficiales como el Empecinado. Argumentaba Juan Martín que, aunque el apodo era común a todos los vecinos de Castrillo de Duero, su lugar natal, había quedado asociado durante la guerra a su persona y había llegado a convertirse en sinónimo de *guerrillero*. El inspector general de la caballería española, el general Diego Martín Ballesteros, le había reprochado que usara la firma el Empecinado en sus despachos oficiales y comunicaciones con jefes y oficiales franceses y aliados, conminándole a que cesara en esa práctica y se limitara a firmar como brigadier don Juan Martín. Gracias al apoyo de don Pedro Ceballos, secretario de Estado, el rey, «queriendo se transmita a la posteridad la memoria de su mérito», decidió otorgar al brigadier Juan Martín la gracia de poder unir su sobrenombre a todos los despachos y comunicaciones, excepto aquellos dirigidos al propio rey. A pesar de sus enfrentamientos con las juntas y los jefes militares, las conspiraciones en su contra para arrebatarle el mando de su división, los desastres sufridos durante la guerra y las críticas a su gestión, el brigadier don Juan Martín, el Empecinado, había contraído suficientes méritos como para que hasta un rey tan poco amigo de los advenedizos como era Fernando VII reconociese a través de él, de forma simbólica, los servicios prestados por los partisanos en la guerra.

Los guerrilleros fueron hombres duros, crueles en ocasiones, capaces de marchar durante horas, combatir de tú a tú con los soldados imperiales y, a veces, infligirles derrotas tan severas que llegaban incluso a los oídos del emperador. No eran invencibles, ni mucho menos, e incluso las unidades más eficientes sufrieron terribles desastres que les costaron miles de hombres. Algunas partidas no pasaron de ser simples molestias



para los ocupantes, siendo más perjudiciales para los pueblos españoles que para el enemigo. Otras, sin embargo, llegaron a convertirse en algunas de las mejores unidades del Ejército español, tal vez sin la disciplina de los regulares de preguerra, pero temibles una vez entraban en acción. La España que encontraron al finalizar la guerra era un país empobrecido, de oportunidades limitadas, que pronto se vería sumido en una sucesión de crisis políticas en las que algunos antiguos caudillos partisanos tendrían papeles protagonistas, tanto en el bando liberal como en el absolutista. Muchos lo pagarían con su vida o años de exilio.

## CAPÍTULO 5

# UN GUERRILLERO MÁS Y ALGUNOS DESERTORES MENOS

Las partes de España ocupadas por los franceses se cubrieron poco a poco de partisanos y cuadrillas formadas por soldados de línea dispersos y habitantes de las llanuras y montañas: párrocos, labradores, estudiantes y gente sencilla que se habían convertido en jefes activos y emprendedores. Estos caudillos, sin autoridad militar ni tropas permanentes, no eran al principio, por así decirlo, más que estandartes alrededor de los cuales los campesinos se reunían para combatirnos [...] y podía decirse de los españoles que, aunque al principio había sido fácil derrotarlos, era casi imposible subyugarlos.

Albert-Jean-Michel de Rocca fue un agudo observador de la guerra en España. Al contrario que otros veteranos, no tenía demasiados prejuicios contra los españoles, a quienes admiraba por su determinación de ser independientes y su tozudo orgullo nacional. Entendió desde el principio que la guerra española iba a ser diferente a la que estaban acostumbrados en Europa central; si en los estados alemanes bastaba con derrotar a las fuerzas regulares del gobernante de turno para forzar la paz, en España las victorias en el campo de batalla no parecían acercar el final de la guerra. Según Rocca, la extrema hostilidad de los españoles hacia los franceses se traducía en una resistencia activa, en la que se involucraba toda la comunidad nacional a través de la guerra de guerrillas. Por supuesto, la historiografía revisionista rechaza esta interpretación, que lejos de aceptar testimonios como el de Rocca la identifican como una especie de leyenda dorada de los partisanos; para estos autores, las guerrillas fueron una plaga que alienó a una parte mayoritaria del campesinado y lo alejó de la causa patriota.

¿Patriotismo o ambición? ¿Obligados o voluntarios? ¿Las guerrillas estuvieron constituidas por soldados que querían escapar de las filas de unos ejércitos mal armados, mal dirigidos, mal abastecidos y desmoralizados, que



parecían fanchos para que los franceses los destrozaran una y otra vez? ¿O eran patriotas que encontraron en la guerra partisana una forma de canalizar sus deseos de servir a la causa nacional, como ha postulado parte de la historiografía? ¿Les movía la ambición, la codicia, la supuesta comodidad de pertenecer a una guerrilla en comparación con la dureza del servicio en los regimientos regulares? ¿O fueron españoles que, motivados por sentimientos altruistas y un sólido patriotismo, decidieron arriesgar sus vidas y haciendas por su país?

En cierto modo, estas preguntas son torticeras, ya que parten de una falsa dicotomía. El patriotismo y la ambición no son antagónicos; no lo eran en el periodo de transición del Antiguo Régimen a la modernidad, ni lo son ahora. El deseo de escapar a las rígidas convenciones de los cuerpos regulares podía combinarse con la voluntad sincera de expulsar a los franceses de España. Recordemos que en la Europa de 1808 no existía el Estado del bienestar; la población tenía que trabajar hasta que el cuerpo decía basta y, en ese caso, más valía disponer de rentas que no estuvieran vinculadas al trabajo, o contar con una familia extensa que sirviera como red de seguridad. Solo las élites podían permitirse el lujo de ser altruistas, pero ni siquiera entre ellas el patriotismo era desinteresado. Wellington no renunció a ninguno de los privilegios, títulos, prebendas, premios y regalos que recibió de los Gobiernos británico y español, como recompensa por sus triunfos en el campo de batalla; tampoco lo hizo Castaños, u O'Donnell, ni ninguno de los jefes españoles a los que la Junta o la Regencia decidieron reconocer sus méritos ¡Y no digamos los mariscales y generales franceses! Napoleón fue el arquetipo del caudillo redistribuidor, pero en vez de serlo a escala tribal, como los individuos estudiados por los antropólogos, lo fue a escala continental; y quien dice Napoleón, dice cualquier otro de los monarcas reinantes en la época, desde el zar Alejandro al emperador Francisco I. Su poder no se sostenía solo sobre los derechos derivados de su condición áulica, sino también sobre su habilidad para distribuir recompensas entre las aristocracias que sostenían sus tronos. Este sistema de contraprestaciones, tanto simbólicas como materiales, era una parte intrínseca del contrato social entre las élites y el Estado.

*Tampoco* (1810), lámina 36, perteneciente a los *Desastres de la guerra*, aguafuerte de Francisco de Goya y Lucientes. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Conforme a las instrucciones del emperador, los franceses castigaban de forma despiadada a quienes participaban en la resistencia, en especial a aquellos cuya condición de militares, como en el caso de la guerrilla, era dudosa.

## CAPÍTULO 6

# MÁS TRISTE ES ROBAR



*Ataque a un gran convoy en Salinas, 25 de mayo de 1812* (s. f.), óleo sobre lienzo de Louis Lejeune, Palacio de Versalles, Francia. La emboscada del 25 de mayo de 1811 en el puerto de Arlabán, en el camino de Salinas, fue uno de los éxitos más espectaculares de las fuerzas irregulares españolas. Poco menos de un año después, el 9 de abril de 1812, en el mismo sitio, los mismos partisanos navarros que aniquilaron al convoy del 25 de mayo, destruirían otro incluso mejor protegido que el anterior.

La elección de los puentes como objetivos prioritarios de las exacciones de las partidas, sobre todo aquellos que eran sospechosos de simpatías hacia los invasores o que simplemente no oponían suficiente resistencia, se repite en todas las regiones. En uno de sus informes al marqués de la Romana, Claudio de Torres, uno de los confidentes activos en Toledo y Ciudad Real, se hizo eco del acoso que sufrían aquellos, por parte de las guerrillas. El ganado se confiscaba o pagaba por debajo del precio de mercado, alegando que sus dueños eran traidores y aliados de los franceses; para Torres eran casi tan dañinos como los franceses, si no más, por el riesgo que suponían para el orden social. El mismo Saornil, que había apoyado a las élites de Pozáldez, no tuvo reparos en saquear las casas de tres de los principales propietarios de Mota de Toro –actual Mota del Marqués (Valladolid)– y requisar efectos por valor de 20 000 reales; la excusa fue que el ayuntamiento había denunciado a tres partisanos que estaban de paso, a la guarnición francesa de Villalar, que procedió a su arresto. La satisfacción del cura de Horcajo al informar del castigo que Saornil impuso a los principales de Mota, en especial al «pícaro del Escribano» es obvia: «que tal tendrán gana de volver a tomar fiestas los de la Mota con los galanes escuadrones que los ha escalabrado de lo lindo bien empleado: Pardiez que no tardó en espulgarles».

del proletariado rural de las merindades ribereñas, y pequeños o medianos propietarios de las merindades montañosas; los hacendados navarros mantuvieron, en cambio, posturas más ambiguas, lo cual no significa que todos ellos fueran colaboracionistas, pero tampoco demostraron un gran entusiasmo por la causa patriota. En el mejor de los casos, procuraron mantener una incómoda neutralidad y se arrimaron al sol que más calentaba en cada momento. Los que se significaron por sus simpatías, o siquiera por prestar un apoyo limitado hacia el partido francés, fueron elegidos de inmediato como blancos legítimos por el Corso Navarro de Javier Mina. En consecuencia, la fábrica y almacén de paños que tenía Isidro Antonio Llorente fue saqueada en al menos tres ocasiones, requisó las rentas que obtenía Luis Gainza de sus propiedades en Ollo, al igual que hicieron con las de Tadeo Antillón. Todos ellos, individuos marcados por su colaboracionismo, veían su seguridad supeditada a la protección que les brindaban las tropas imperiales. Su situación se haría incluso más complicada a partir del otoño de 1810, cuando Francisco Espoz empezó a poner en funcionamiento los instrumentos fiscales que harían de la División Navarra la unidad de origen partisano con el aparato logístico y financiero más sofisticado de todas las que operaron en la Guerra de la Independencia.

## CAPÍTULO 9

# UN PAÍS MIL VECES MALDITO

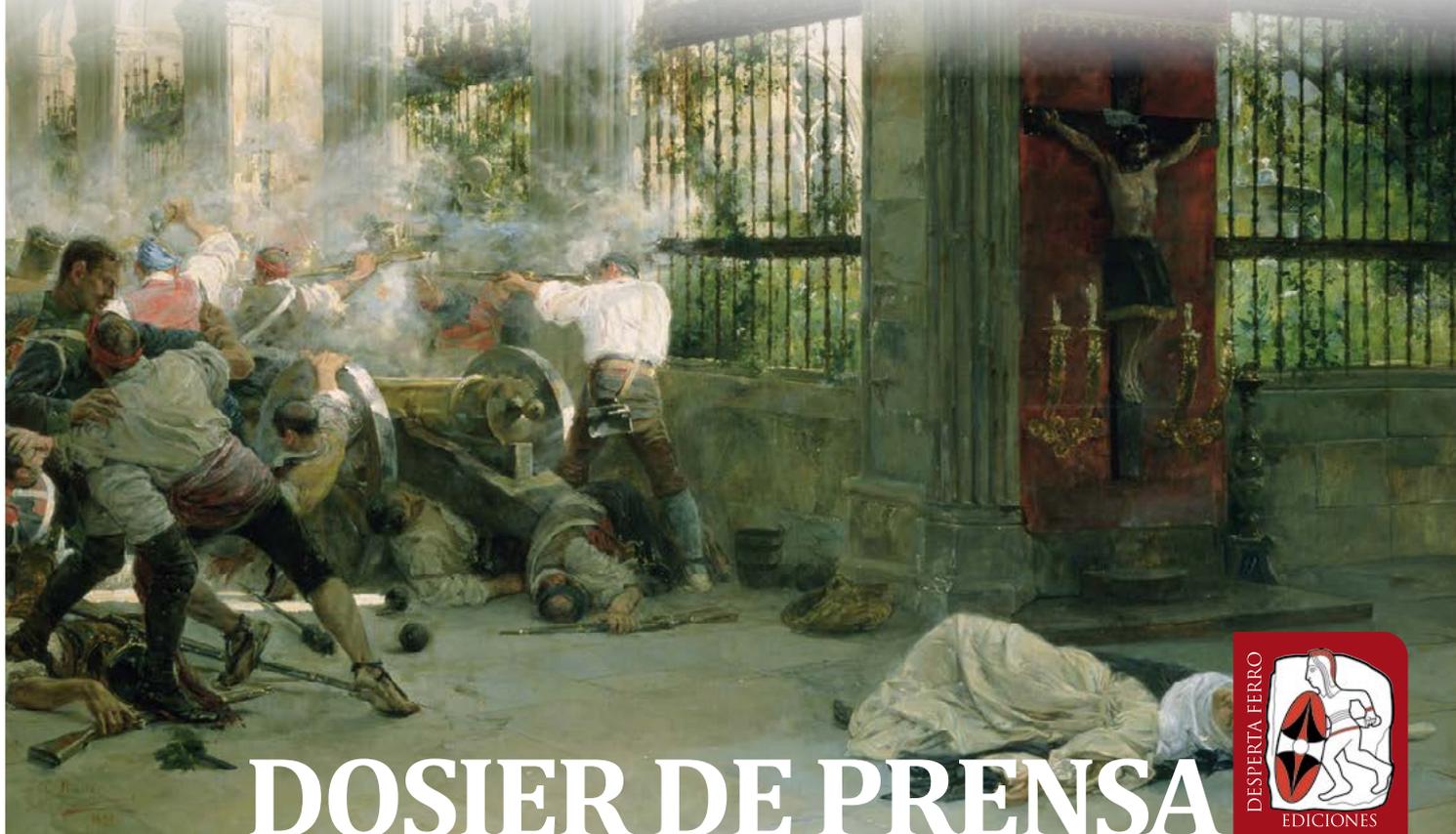
La Guerra de la Independencia fue, en cierto modo, el conflicto inicial que apunta a los extremos de la violencia política que caracterizarían las guerras civiles de los siglos XIX y XX. Los guerrilleros contaban con el permiso, de hecho, con el incentivo, de las autoridades patriotas para no dar cuartel, sin necesidad de dar explicaciones. No me atrevo a afirmar que estas represalias fueran un precedente inmediato de aquellas, aunque tampoco podemos olvidar que muchos de los partisanos que sobrevivieron a la guerra volvieron a echarse al monte entre 1821 y 1823 y entre 1833 y 1839, repitiendo entonces las mismas estrategias de intimidación que habían empleado en el conflicto anterior. La Primera Guerra Carlista fue infame por la brutalidad con la que se condujeron ambos bandos, hasta el punto de tener el triste honor de ser la primera guerra europea en obligar a codificar, a través del Convenio Lord Eliott, el trato a los prisioneros de guerra en un documento legal, con el fin de moderar las represalias.

Los que intentaron poner límites a la violencia a través de la aplicación justa de la ley fracasaron en su propósito. La violencia civil sirvió para introducir en la conciencia de los españoles la idea de que en las guerras en las que se dirimen dos visiones del mundo incompatibles, la única forma de asegurar la supervivencia propia es el exterminio del adversario. Lo que pasaba por justicia su-

marísima ni siquiera era un monopolio formal del Estado a través de las instituciones, sino que dependía del arbitrio de los individuos que reivindicaban para sí el derecho de representación de la voluntad nacional, tanto si contaban con algún documento oficial que avalase sus pretensiones como si no.

No es que los españoles fueran de repente más crueles, sino que se les permitió matar sin necesidad de referirse primero a una autoridad superior que determinara la responsabilidad penal de la víctima. Las leyes del Antiguo Régimen imponían castigos draconianos, pero era necesario ampararse en procedimientos jurídicos para aplicarlos. Durante la Guerra de la Independencia era la compasión, no la crueldad, la que tenía que dar explicaciones. Las ejecuciones de juramentados josefinos no anticipan la ferocidad de Ramón Cabrera, Tomás de Zumalacárregui o Espoz entre 1834 y 1839, y ni mucho menos son comparables a las matanzas de Badajoz o Paracuellos del Jarama en 1936; pero con ellas se cruzó una línea roja: la guerra sin cuartel entre españoles dejó de ser impensable, abriendo una era de la historia de España en la que tachar de traidor, mal español, infame –o la etiqueta de moda en cada momento histórico– a la víctima era suficiente para que su asesinato se considerase razonable y hasta digno de encomio.

*Episodio de la Guerra de la Independencia, 1892, óleo sobre lienzo de Eugenio Álvarez Dumont. Colección privada. La sanguinaria brutalidad de la Guerra de la Independencia cogió por sorpresa a propios y extraños. Defensas como la de Zaragoza fueron excepcionales en el contexto de las Guerras Napoleónicas. Centenares de prisioneros de la guarnición de Zaragoza escaparon de las columnas que les conducían a Francia, para unirse a las partidas navarras, vascas o castellanas.*



# DOSIER DE PRENSA

## EPÍLOGO

# ¿QUÉ HUBIERA PASADO SI NO HUBIERAN EXISTIDO LAS GUERRILLAS? IMAGINAR LA UCRONÍA

Los motivos de aquellos hombres para unirse a las guerrillas variaban según sus circunstancias personales: patriotismo, afán de aventura, escapar a la disciplina del Ejército, poder combatir cerca de sus domicilios, quedando protegidos de las partidas de reclutamiento por su pertenencia a una guerrilla, la flexibilidad de los caudillos partisanos a la hora de conceder permisos, la regularidad de las raciones, o una combinación de todas ellas. Pero también les atraían los triunfos de la guerrilla, el rechazo a permanecer en un ejército que iba de derrota en derrota, desmoralizado, mal equipado, hambriento y con un liderazgo en el que desconfiaban. La guerra de partidas les daba la oportunidad de devolver los golpes a los franceses. A veces eran derrotados, apresados y terminaban en el patíbulo, pero también vencían, podían ver a los soldados enemigos cayendo bajo sus balas o sus bayonetas o caer prisioneros, humillados por unos adversarios a los que no habían respetado hasta que había sido demasiado tarde. Hay pocas cosas que motiven más a un soldado que una tradición de victoria; y los partisanos no eran distintos.

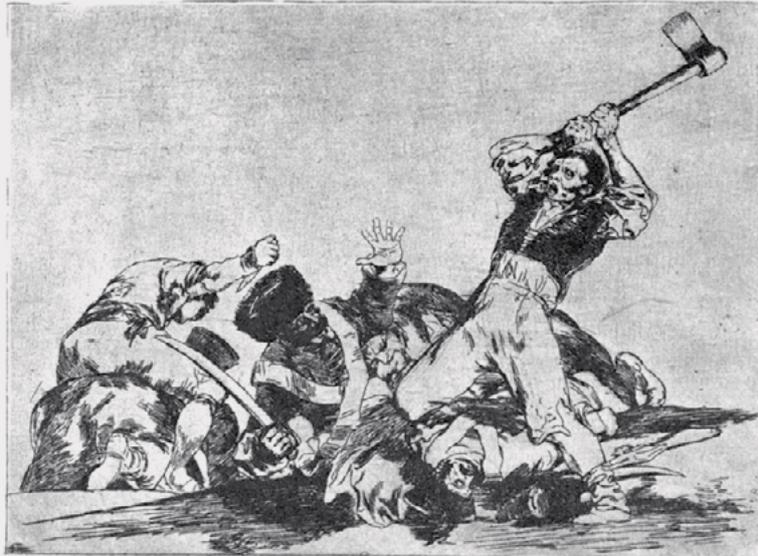
Además, esos dispersos, desertores y quintos, de no haber existido las partidas de guerrilla, ¿habrían terminado reincorporándose a los cuerpos regulares? Al ser un futuro es imposible llegar a una conclusión definitiva, pero toda la evidencia disponible apunta a que lo más probable es que no, que habrían huido, se habrían refugiado en sus casas donde habrían intentado esconderse con la ayuda de sus familias y amigos, se habrían acogido a las amnistías promulgadas por el rey José, o, en el peor de los casos, se habrían reunido en bandas para defenderse de los destacamentos de reclutamiento. Si en Francia, que no estaba ocupada por una potencia enemiga y que contaba

con un impresionante aparato de represión, los *refractaires* y desertores fueron capaces de desafiar durante años los esfuerzos del Estado para obligarlos a incorporarse a filas, ¿es lógico pensar que el Gobierno patriota, sin medios, hubiera tenido más éxito? E incluso si hubiera logrado atraerlos de vuelta a las filas: ¿podrían haberlos equipado? ¿Alimentado? ¿Habrían podido evitar que volvieran a huir? Al menos en las partidas, como reconocían las autoridades patriotas de forma tácita, no se perdían por completo para el esfuerzo de guerra; y encima, sin generar costes adicionales para las vacías arcas del Tesoro.

Lejos de desmovilizar al paisanaje, la guerra partisana tuvo el efecto contrario. Las quejas de los pueblos, sobre todo de los pudientes, eran reales, pues los partisanos confiscaban grano y caballerías, obligaban a los vecinos a trabajar para ellos, se llevaban a los mozos quintados con amenazas, no se atrevían a defender al pueblo de los franceses, o eran derrotados y dispersados a los cuatro vientos. Asimismo, exigían raciones para ellos y la miriada de acompañantes civiles que se unían a las partidas y, por si fuera poco, algunas de las partidas más indisciplinadas se comportaban en los pueblos como auténticas cuadrillas de bandoleros, que robaban y extorsionaban sin molestarse en disimular su ambición. Muchas de las quejas representaban un tipo de protesta estandarizada cuyo propósito no era la ruptura, sino la negociación desde una posición de fuerza; las corporaciones municipales sabían que necesitaban el apoyo del ejército para poner límites a las demandas de los cuerpos francos. No era un problema de falta de patriotismo, como una consecuencia de la situación de miseria en la que se sumió el campo español a partir del invierno de 1810; es más, las mismas quejas que encontramos dirigidas contra las partidas, se reproducen en protestas contra los ejércitos regulares o en las peticiones dirigidas a los gobernadores militares franceses.



*Napoleón en Plymouth Sound, agosto de 1815 (ca. 1890-1900), óleo sobre lienzo de Jules Girardet. The Box, Plymouth. ¿Qué hubiera pasado si Francia hubiera sido derrotada y el emperador se hubiera tenido que entregar a sus archienemigos ingleses? Tal vez hubiera sido ejecutado o, más probablemente, exiliado a alguna remota posesión británica, en vez de haber muerto en su palacio de Fontainebleau el 5 de mayo de 1821 rodeado por su esposa, sus hijos y sus mariscales.*



**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

